

APRENDER A COMPARTIR

11 de Noviembre de 2018

Evangelio según MARCOS 12, 38-44

Entre lo que enseñaba, dijo:

- ¡Cuidado con esos letrados que gustan de pasearse con largas vestiduras y de las reverencias en las calles, de los primeros asientos en las sinagogas y de los primeros puestos en los banquetes; esos que expolían los hogares de las viudas y simulan orar lárgame. Esos tales recibirán una sentencia muy severa!

Se sentó enfrente de la Sala del Tesoro y observaba cómo la multitud echaba monedas en el tesoro; muchos ricos echaban en cantidad. Llegó una viuda pobre y echó dos leptos, esto es, un cuadrante que hacen un cuarto. Convocando a sus discípulos, les dijo:

- Os aseguro que esa viuda pobre ha echado más que ninguno de los que echan en el tesoro. Porque todos han echado de lo que les sobra; ella, en cambio, de su penuria, ha echado todo lo que tenía, todos sus medios de vida.

§ §

La escena es conmovedora. Una pobre viuda se acerca calladamente a uno de los cepillos colocados en el recinto del templo, no lejos del patio de las mujeres. Muchos bicos están depositando cantidades importantes. Casi avergonzada, ella echa sus dos moneditas de cobre, las más pequeñas que circulan en Jerusalén.

Su gesto no ha sido observado por nadie. Pero frente a los cepillos está Jesús viéndolo todo. Conmovido, llama a sus discípulos. Quiere enseñarles algo que solo se puede aprender de la gente pobre y sencilla. De nadie más.

La viuda ha dado una cantidad insignificante y miserable, como es ella misma. Su sacrificio no se notará en ninguna parte; no transformará la historia. La economía del templo se sostiene con la contribución de los ricos y poderosos. El gesto de esta mujer no servirá prácticamente para nada.

Jesús lo ve de otra manera: «Esta pobre viuda ha echado más que nadie». Su generosidad es

más grande y auténtica. «Los demás han echado lo que les sobra», pero esta mujer que pasa necesidad, «ha echado todo lo que tiene para vivir».

Si es así, esta viuda vive probablemente mendigando a la entrada del templo. No tiene marido. No posee nada. Solo un corazón grande y una confianza total en Dios. Si sabe dar todo lo que tiene es porque «pasa necesidad» y puede comprender las necesidades de otros pobres a los que se ayuda desde el templo.



En las sociedades del bienestar se nos está olvidando lo que es la «compasión». No sabemos lo que es «padecer con» el que sufre. Cada uno se preocupa de sus cosas. Los demás quedan fuera de nuestro horizonte. Cuando uno se ha instalado en su cómodo mundo de bienestar, es difícil «sentir» el sufrimiento de los otros. Cada vez se entienden menos los problemas de los demás.

Sin embargo, como necesitamos alimentar la ilusión de que todavía somos humanos y tenemos corazón, damos «lo que nos sobra». No es por solidaridad. Sencillamente ya no lo necesitamos para seguir disfrutando de nuestro bienestar. Solo los pobres son capaces de hacer lo que la mayoría estamos olvidando: dar algo más que las sobras.

«Sólo el amor resistirá
mientras caen como torres dinamitadas
los días, los meses, los años.
Sólo el amor resistirá
alimentando silencioso la lámpara
encendida,
el canto anudado en la garganta,
la poesía anudada a la garganta,
la poesía en la caricia del cuerpo
abandonado.
Algún día,
cualquier día,
doblará otra vez el recodo del camino
lo veré alto y distante,
acercándose,
oiré otra vez llamándome,
sus ojos mirándome
y sabré que el amor ha resistido
mientras todo se derrumbaba.»

El mundo de los pobres es clave para entender la fe cristiana. El encuentro con los pobres nos ha hecho recobrar la verdad central del evangelio con que la palabra de Dios nos urge a conversión. Ahora sabemos mejor lo que significa la encarnación, que significa que Jesús tomó carne realmente humana y que se hizo solidario de sus hermanos en el sufrimiento, en los llantos y quejidos, en la entrega. Sabemos que no se trata de una encarnación universal, que es imposible, sino de una encarnación preferencial y parcial, una encarnación en el mundo de los pobres.

Monseñor Oscar Romero



Resulta complicado y difícil pronunciar palabras de esperanza en estos tiempos en que, paradójicamente, tanta gente las necesita. Todas suenan a consuelo bienintencionado, a solidaridad compasiva, a intento de transmitir comprensión y a prolongar la agonía de quien está económica, familiar y anímicamente tocado.

Por eso hay que tener cuidado con las palabras que dirigimos a quien pretendemos animar; pueden sonar a palabrería hueca, a sonidos sin contenido y a expresiones manidas que ni dicen ni animan ni consuelan.

Solo quien tiene los pies en la tierra, muy apegados al suelo y cubiertos del polvo del camino; solo quien está cerca de los necesitados puede hablar, realmente, de esperanza, porque solo desde la solidaridad brota la comprensión y solo desde el sacrificio surge la fuerza que da significado humano a lo que decimos.

PISTAS PARA LA REFLEXIÓN

- ¿Tiene hoy sentido el mensaje del Evangelio?
- ¿Cómo nos interpela en nuestro compartir la viuda del Evangelio?